

CONTEMPLACIÓN PARA ALCANZAR AMOR-¿CUÁNDO COMENZÓ A AMARME?

[ Audio [SoundCloud](#)]

[ Audio [Google Drive](#)]

Concluimos las reflexiones que hemos compartido durante esta tanda de Ejercicios, considerando el **AMOR ETERNO DE DIOS A NOSOTROS** y cuáles deben ser nuestras resoluciones o propósitos, con un texto extraído de la **Introducción a la Vida Devota** (Quinta Parte, Cap. XIV, XV y XVI), y los **MOTIVOS QUE TENEMOS PARA EL SANTO AMOR**, extraídos del **Tratado del Amor de Dios** (Libro Duodécimo, Cap. XI y XII), ambos de San Francisco de Sales.

DEL AMOR ETERNO DE DIOS A NOSOTROS

Considera el amor eterno que Dios te ha tenido; porque ya antes de que Nuestro Señor Jesucristo, en cuanto hombre, sufriese en la cruz por ti, su divina Majestad te concebía en su soberana bondad, y te amaba en extremo. Mas, ¿cuándo comenzó a amarte? Comenzó cuando comenzó a ser Dios. ¿Y cuándo comenzó a ser Dios? Nunca, pues siempre ha sido, sin principio ni fin, y te ha amado siempre desde la eternidad; por esto te preparaba las gracias y los favores que te ha hecho. Lo dice por el profeta: «Te amaré (*dice a ti y a cada uno de nosotros*) con un amor perpetuo; por lo tanto te atraje, compadecido de ti¹». Ha pensado, pues, entre otras cosas, en hacerte formar tus resoluciones para servirle.

¡Dios mío! ¿Qué resoluciones son éstas, pensadas, meditadas, proyectadas por Dios, desde toda la eternidad? ¡Cuán amadas y preciosas han de ser para nosotros! ¿Qué no hemos de sufrir, antes que dejar perder una sola brizna de ellas? Antes que hacerlo deberíamos ver perecer todo el mundo, pues sabemos que todo el mundo junto no vale lo que vale un alma, y un alma no vale nada sin nuestras buenas resoluciones.

AFECTOS GENERALES SOBRE LAS ANTERIORES RESOLUCIONES, Y CONCLUSIÓN DEL EJERCICIO

¡Oh amadas resoluciones mías!, vosotras sois el hermoso árbol de la vida que mi Dios ha plantado por su propia mano, en medio de mi corazón, el cual quiere asimismo mi Salvador regar con su sangre para hacerle que lleve fruto. Antes pasaré mil muertes, que permitir que viento alguno lo arranque. No, ni la vanidad, ni los deleites, ni las riquezas, ni las tribulaciones me arrancarán jamás mi propósito. Mas, ¡oh Señor mío!, qué bien sé que fuisteis vos mismo quien ha plantado y en vuestro seno paterno guardado eternamente este árbol hermoso para mi jardín. ¡Cuántas almas habrá que no han sido favorecidas de esta suerte! ¿Cómo, pues, podré yo jamás humillarme bastantemente delante de vuestra misericordia?

¹ Jeremías 30, 3

¡Oh hermosas y santas resoluciones! Si yo os conservo, vosotras me conservaréis. Si vosotras vivís en mi alma, mi alma vivirá con vosotras. Vivid, pues, para siempre, ¡oh resoluciones mías!, eternas en la misericordia de Dios. Estad y vivid eternamente en mí, para que nunca os abandone.

Después de estas resoluciones, es menester que concretes los medios importantes para mantener estos amados propósitos, y que prometas querer siempre aprovecharte de ellos con fidelidad, así como que concretes la frecuencia de la oración, de los sacramentos, de las buenas obras, de la enmienda de las faltas reconocidas en el segundo punto, y el seguimiento de los consejos que te den para enmendarte. Una vez hecho esto, prometerás mil veces que continuarás en tus resoluciones, y como si tuvieras tu corazón, tu alma y tu voluntad en tus manos, las dedicarás, consagrarás y sacrificarás a Dios, prometiendo no volverlas a tomar más, sino dejarlas en las manos de su Divina Majestad, para seguir en todo y por todo sus mandamientos. Ruega a Dios te permita renovarte continuamente en esta promesa, que bendiga la renovación de tu promesa y que la favorezca. Invoca a la Virgen, tu ángel, los santos y San Luis. Irás con este movimiento de corazón a los pies de tu padre espiritual. Te acusarás de las faltas principales que hubieras notado haber cometido. Después de tu confesión general, recibe la absolución de la misma manera que hiciste la primera vez; pronunciarás delante la promesa y la confirmarás; y en fin, irás a unir tu corazón renovado a su principio y Salvador; esto es, al Santísimo Sacramento de la Eucaristía.

DE LOS SENTIMIENTOS QUE ES MENESTER CONSERVAR DESPUÉS DE ESTE EJERCICIO

Este día, en que habrás hecho esta renovación, y los días siguientes, has de repetir con frecuencia, con el corazón y con la boca, estas ardientes palabras de San Pablo, de San Agustín, de Santa Catalina de Siena y de otros santos: **«No, ya no soy mía; ya sea que viva, ya sea que muera, soy de mi Salvador. Yo no tengo más de mí, ni mío: mío es Jesús; mío es ser suya. ¡Oh mundo!, tú siempre eres el mismo, y yo he sido siempre la misma, pero, en adelante, ya no seré más yo misma»**. Nosotros no seremos más nosotros mismos, porque tendremos el corazón cambiado, y el mundo, que tanto nos ha engañado, será engañado en nosotros, pues, al no darse cuenta de nuestra transformación, creará que todavía somos Esaú y nosotros nos habremos trocado² en Jacob.

Será menester que todos estos ejercicios reposen dentro del corazón, y que, al dejar la meditación y la consideración, andemos con tiento, entre las ocupaciones y las conversaciones, para que el licor de nuestras resoluciones y buenos propósitos no se derrame y se pierda enseguida, pues es necesario que se filtre y penetre bien en todas las partes del alma, pero sin forzar ni el espíritu ni el cuerpo.

² Nota de la presente edición: Cambiado.

Te dirá el mundo, Filotea, que estos ejercicios y avisos son en tan grande número, que quien los quiera observar no podrá atender a otra cosa. ¡Ay de mí, querida Filotea! Incluso si nosotros no hiciéramos otra cosa, haríamos harto bien, pues haríamos lo que deberíamos hacer en este mundo. Verdad es que si fuese necesario hacer todos estos ejercicios todos los días, no nos dejarían tiempo para otra cosa; mas solo es necesario hacerlos a su tiempo y lugar, y cada uno según sus obligaciones.

Usa, pues, sin temor de estos ejercicios, según te he enseñado, y Dios te dará la fuerza necesaria para cumplir con tus demás obligaciones, aunque para ello debiese hacer parar el sol, como hizo en el tiempo de Josué.³ No es poco lo que hacemos cuando Dios trabaja con nosotros.

DE LOS MOTIVOS QUE TENEMOS PARA EL SANTO AMOR

San Buenaventura, el padre Luís de Granada, el padre Luís de León, fray Diego de Estella, han discurrido suficientemente sobre esta materia, por lo que me limitaré a llamar la atención sobre los cinco motivos que ya he tocado en este tratado.

La **divina bondad**, considerada en sí misma, no es sólo el *motivo principal* entre todos, sino también el más noble y el más poderoso, porque es éste el que arrebató a los bienaventurados y les colma de felicidad. ¿Cómo es posible tener corazón y no amar una tan infinita bondad?

El *segundo motivo* es el de la **providencia natural de Dios** para con nosotros, el de la creación y el de la conservación.

El *tercer motivo* es el de la **providencia sobrenatural de Dios** y el de la **redención**.

El *cuarto motivo* es la consideración de la manera **como practica Dios esta providencia** y esta **redención**, procurando a cada uno todas las gracias y todos los auxilios necesarios para la salvación.

El *quinto motivo* es la **gloria eterna**, a la cual nos ha destinado la divina bondad, que es el colmo de los beneficios de Dios para con nosotros.

MÉTODO MUY ÚTIL PARA SERVIRSE DE ESTOS MOTIVOS

Para sacar de estos motivos un profundo y poderoso ardor de dilección, es menester:

1. Que, después de haber considerado cada uno de ellos, en general, lo apliquemos a nosotros mismos, en particular. Me amó, es decir, me amó a mí; a mí tal cual soy, y se entregó a la pasión por mí!⁴

³ Josué 10, 12-14

⁴ Gálatas 2, 10

2. Hemos de considerar los beneficios divinos en su origen primero y eterno. Dios, desde toda la eternidad, pensaba en mí, con pensamientos de bendición⁵. Meditaba, señalaba, o mejor dicho, determinaba la hora de mi nacimiento, de mi bautismo, de todas las inspiraciones que me había de enviar, en una palabra, de todos los beneficios que me había de hacer y de ofrecer. ¿Se puede dar una dulzura semejante a esta dulzura?

3. También hay que considerar los beneficios divinos en su fuente meritoria. Porque ¿no sabes, Teótimo, que el sumo sacerdote de la ley llevaba sobre sus espaldas y sobre su pecho los nombres de los hijos de Israel, es decir, unas piedras preciosas, en las cuales los nombres de los jefes de Israel estaban grabados? Mira, pues, a Jesús nuestro gran Obispo contémpplale en el primer instante de su concepción y considera que ya entonces nos llevaba sobre sus espaldas, aceptando la carga de rescatarnos con su muerte y muerte en cruz ¡Ah, Teótimo, Teótimo! el alma de este Salvador nos conocía a todos por nuestro nombre y apellido; pero, sobre todo, el día de su Pasión, cuando ofrecía sus lágrimas, sus oraciones, su sangre y su vida por nosotros, lanzaba, en particular, por ti estos pensamientos de amor: “Padre eterno, tomo a mi cuenta, y cargo con todos los pecados del pobre Teótimo, hasta sufrir los tormentos y la muerte, para que quede libre de ellos y, en lugar de perecer, viva; muera Yo con tal que él viva; sea Yo crucificado, con tal que él sea glorificado”.

¡Oh amor soberano del corazón de Jesús! ¿Qué corazón te bendecirá jamás con la devoción debida? De esta manera, dentro de su pecho, su divino corazón preveía, disponía, merecía e impetraba todos los beneficios que poseemos, no sólo para todos, en general, sino también para cada uno en particular, y sus pechos, llenos de dulzura, nos preparaban la leche de sus inspiraciones, de sus movimientos y de sus suavidades, por las cuales atrae, conduce y alimenta nuestros corazones para la vida eterna. Los beneficios no nos enfervorizan, si no miramos la voluntad eterna que los dispone para nosotros, y el corazón del Salvador que nos lo ha merecido con tantas penas y, sobre todo, con su pasión y muerte. ¡Oh amor eterno! mi alma te requiere y te escoge eternamente. Ven, Espíritu Santo, e inflama nuestros corazones en tu amor. O amar o morir; o morir o amar. Morir a todo otro amor, para vivir tan solo al de Jesús, a fin de que no muramos eternamente, sino que, viviendo en tu amor eterno, oh Salvador de nuestras almas, cantemos eternamente: **¡Viva Jesús! Yo amo a Jesús, que vive y reina por los siglos de los siglos.**

Que estas cosas, Teótimo, que han sido escritas para tu caridad, con la gracia y el favor de la caridad, arraiguen de tal manera en tu corazón, que esta caridad encuentre en ti el fruto de las santas obras, no tan solo las hojas de las alabanzas. **¡Bendito sea Dios!**

†

Renovemos nuestros propósitos con estos nuevos Ejercicios
¡Ave María y siempre adelante!

⁵ Jeremías 29, 11